

JAVIER SIERRA

EL QUINTO MUNDO

RELATO



El Quinto mundo es un relato sorprendente en el que Javier Sierra examina a ritmo de thriller el final del calendario maya y la esperada llegada de un «Tiempo Nuevo». Inquietante, adictivo y revelador... ¡No te lo pierdas!

—Se ha metido usted en un buen lío, señorita.

Los ojos azules de Tess Mitchell relampaguearon cuando el jefe de policía de Tucson entró en la sala de interrogatorios donde la habían confinado. Había visto muchas veces su cara en las noticias de la tele.

—Mi nombre es Lincoln Lewis y soy el responsable de esta comisaría —dijo con rictus germánico y ademanes profesionales—. Sé que ha hablado ya con otros agentes, pero sería de gran ayuda si me aclarara un par de puntos de su declaración.

—Claro.

—Por ejemplo, necesito que me cuente qué fue a hacer exactamente al despacho del profesor Jack Bennewitz hoy a las cuatro de la tarde.

—¿Se refiere a la hora en la que descubrí... el cadáver?

El policía asintió. Tess tragó saliva:

—A decir verdad, llevábamos un tiempo trabajando juntos en un proyecto relacionado con su especialidad. Yo le hacía el trabajo de campo y esta mañana conseguí algunos datos que creí que le interesarían. Datos observacionales. Técnicos.

—Entiendo. ¿Y qué enseñaba el profesor Bennewitz?

—Teoría del Sistema Solar, señor.

—¿Tenía cita con él?

Tess no pudo disimular cierto rubor y bajó la vista a la mesa de madera y acero.

—En realidad, no la necesitaba —dijo—. Tenía su permiso para visitarle cuando lo considerara oportuno, y como sabía que a esa hora siempre estaba en su despacho ocu-

pado en sus tutorías con alumnos, decidí acercarme. Eso fue todo.

—¿Y qué se encontró al llegar, señorita Mitchell?

—Como les he dicho a sus compañeros, lo primero que me llamó la atención fue el silencio del Módulo B. Jack siempre hablaba a voces; cuando gritaba, y lo hacía con frecuencia, casi se le podía escuchar desde el otro lado del campus. Era un tipo muy vehemente, ¿sabe? Pero, la verdad, también me sorprendió el extraño olor que impregnaba la salita de espera y parte del pasillo. Era una fragancia ácida, fuerte, muy desagradable —Tess torció el gesto antes de proseguir—, así que entré sin llamar.

—¿Y qué vio?

Tess Mitchell cerró los ojos, tratando de recordar la escena. La imagen de su amigo Jack Bennewitz recostado en su gran butaca de cuero, con una absurda mueca en el rostro y la mirada perdida en algún punto entre el techo de escayola y la estantería con sus trofeos de ajedrecista, volvió por un instante a su retina. Pese a que tenía la chaqueta abotonada, la mancha de color chocolate que empapaba su camisa de algodón era imposible de disimular. No distinguió señales de lucha. Libros y papeles estaban meticulosamente ordenados, y hasta el café que debió de servirse poco antes de quedarse en aquel estado se encontraba intacto sobre el escritorio. Frío, pero intacto.

—¿Tocó usted el cuerpo del profesor Bennewitz? ¿Trató de reanimarlo? —insistió el oficial Lewis.

—¡Santo Dios! —exclamó la joven—. Claro que no. Jack estaba muerto, ¡muerto! ¿Lo entiende?

—¿Y no vio nada fuera de lugar? ¿Algo que echara en falta de aquella oficina?

Tess Mitchell meditó aquellas cuestiones un par de segundos antes de negar con la cabeza. No creía que la caja de madera con aquella mariposa de grandes alas amarillas que recogió a los pies de Jack tuviera el más mínimo interés para la investigación. Se la había echado al bolso casi

por instinto; ignoraba que una eminencia de la física teórica como él tuviera como hobby coleccionar insectos, y en cualquier caso, ella sí era una amante de esa clase de bichos.

—¿Sabe, señorita? —murmuró el jefe Lewis, en tono de confidencia—. La muerte de Jack Bennewitz es una de las más raras que he visto jamás. Y dado que fue usted quien nos llamó alertándonos del caso, debo pedirle que se quede en comisaría un tiempo más. Es nuestra único testigo.

—¿Es necesario?

—Lo es, señorita Mitchell. Por si no lo sabe, la mayoría de los crímenes se resuelven con la información que podemos recoger en las próximas horas.

Las afueras del Museo de América en Madrid no eran lo que se dice un lugar recomendable para recorrerlo tan cerca de la medianoche. Francisco Ruiz echó un vistazo al pasillo oscuro que se extendía bajo el faro de Moncloa, comprobó que eran más de las once y apretó el paso convencido de que debía vencer ese tramo cuanto antes. Ni siquiera el eco sordo de los villancicos o las lejanas luces navideñas que adornaban la entrada a la ciudad lograban conjurar aquella impresión de soledad. Las temperaturas se habían desplomado, así que, como por instinto, echó el cierre a su abrigo y apretó el paso con resolución.

—¿Adónde va tan de prisa, profesor?

Ruiz reconoció la voz al instante. De las decenas de lugares en los que podían sorprenderle en la ciudad, ése era el más inhóspito de todos. Su interlocutor tenía el mismo acento centroamericano que el individuo que llevaba dos semanas amenazándole al teléfono de su residencia.

—¡Usted...! —susurró inquieto. Pese a su imagen altanera, Ruiz era un cobarde—. ¿Va a decirme de una vez qué es lo que quiere?

—No se haga el gallito ahora, hombre. No conmigo.

La sombra que le había interceptado dio un par de pasos al frente y se situó bajo la única farola que aún daba algo de luz. La visión le dejó perplejo: aquel individuo era mucho más bajito de lo que había supuesto y tenía unos rasgos mayas perfectos. De hecho, parecía salido de cualquiera de los relieves que acababa de ver en el museo: nariz aguileña, pómulos afilados, piel tostada y una trenza de pelo tan negra que se confundía con aquella maldita noche. Una hilera de dientes blanquísimos destelló en su rostro de águila antes de continuar hablando:

—Ya he visto que no me ha hecho caso, profesor. El artículo que estaba preparando ha salido publicado...

—¿Y eso a usted qué le importa?

—Me importa, profesor. Más de lo que cree. ¿Sabe? He venido a verle para asegurarme de que no publicará esa segunda parte que anuncia. Ya cometió usted un error parecido hace nueve años; me asombra que no haya aprendido nada en todo este tiempo...

—¿De qué diablos habla?

Francisco Ruiz aferró con fuerza el portafolios en el que llevaba los documentos con los que pensaba terminar su sensacional reportaje sobre el Proyecto Soho. En los últimos días había tenido varios encuentros con expertos en la historia prehispánica de América. Quería darle un tono aún más impactante a lo que prometía ser un texto puramente científico; por eso había acudido hasta allí... Pero también fue a partir de sus gestiones con historiadores cuando el acoso de aquel sujeto se intensificó. Ese maya de metro y medio de alzada y mirada feroz estaba consiguiendo ponerle muy nervioso. Lo tenía a un palmo de distancia, y apenas le dejaba dar dos pasos seguidos sin interceptarlo. Sus manos en los bolsillos del forro polar no presagiaban nada bueno.

—Usted debe de ser el peor profesor de periodismo de toda la universidad —dijo con un deje en la voz cada vez

más pronunciado—. ¿No se acuerda ya de lo del efecto 2000, don Francisco?

Un chispazo le iluminó de repente la memoria. ¿De eso se trataba? ¿De un lector decepcionado con alguno de sus reportajes? Ruiz había sido uno de los principales defensores en Europa de la idea de que, nada más pasar la medianoche del 31 de diciembre de 1999, los ordenadores de medio mundo se colapsarían al no saber ajustar su calendario interno al guarismo «2000». Los primeros equipos informáticos usaban fechas de dos dígitos para marcar los años (97 significaba 1997, 98 era 1998...), pero la llegada del año 2000 podría suponer que el sistema operativo identificara el inminente 00 con 1900 y que todas sus funciones enloquecieran. Sería una especie de fin del mundo informático. En sus artículos, Francisco Ruiz especuló con aquel ciberapocalipsis: imaginó aeropuertos y hospitales colapsados, transacciones y cuentas bancarias inoperativas, pensiones sin cobrar, redes eléctricas, de gas, nucleares y oleoductos bloqueados ante un sistema informático viciado, desplome de los mercados financieros y hasta de satélites, armas nucleares y semáforos desprogramados a la vez. En su enfebrecida visión milenarista, llegó incluso a sugerir a los lectores que hiciesen acopio de dinero y víveres antes de aquella Nochevieja... por si acaso.

Pero el 1 de enero de 2000 llegó y ninguna de las catástrofes anunciadas tuvo lugar. Francisco cambió de tema para sus columnas, y pronto el mundo olvidó aquella falsa crisis.

—Lo del Soho es diferente —se excusó—. Es algo mucho más serio...

—¡Ya lo creo que es serio! —terció el maya—. Todo lo que tenga que ver con el Sol lo es. Por eso estoy aquí.

El SOHO, siglas de *Solar and Heliospheric Observatory*, era uno de los juguetes tecnológicos que más alegrías había dado a la NASA y a la Agencia Espacial Europea. Desde su lanzamiento en 1995 había conseguido enviar al God-

dard Space Flight Center de Maryland billones de datos sobre el astro rey, sus tormentas magnéticas, manchas solares y eyecciones de masa coronal. Incluso había tenido tiempo de catalogar no menos de mil quinientos cometas invisibles desde la Tierra. Pero al maya de aspecto amenazante esos éxitos parecían importarle un comino.

Antes de que Francisco Ruiz pudiera desviarse de su ruta y evitar a su interlocutor, el incómodo visitante se abalanzó sobre él como un perro de presa. El impacto lo pilló desprevenido y ambos rodaron calle abajo. La respiración entrecortada del maya y su determinación para inmovilizarle lograron asustarle de veras. Tan sólo notó un súbito calor en el pecho y, a continuación, un ruido terrible, como si un desagüe estuviera tragándose las últimas bocanadas de inmundicia de una tubería rota. Francisco tardó un segundo más en darse cuenta de que el origen del ruido estaba en él. En su plexo solar. Después sintió frío. Como si le hubieran arrancado el abrigo. Y un dolor agudo. Visión nublada. Oscuridad.

Una negrura absoluta.

El jefe de policía de la comisaría de la avenida Stone, en Tucson, Arizona, se sirvió otra taza de café de la máquina expendedora del pasillo sin perder de vista ni un segundo a Tess Mitchell. La joven, de trenzas rubias y mirada asustadiza, no sabía ya cómo sentarse en su incómoda silla metálica.

—¿Seguro que no quiere beber nada, señorita?

Ella negó con la cabeza. Lincoln Lewis acababa de decirle que los federales se iban a ocupar de la muerte de Jack Bennewitz. Al parecer, en su ordenador habían descubierto interesantes vínculos entre su profesor de física y varios docentes universitarios en Centroamérica, Oriente Medio y Europa. Uno de ellos, Juan Martorell, de la Universidad de México, había sido asesinado veinticuatro horas an-

tes en el DF, arrojado desde la decimoséptima planta del hotel Reforma. Aunque, en beneficio de la investigación, el oficial prefirió ocultarle ese dato.

—Jack y usted, ¿eran muy amigos? —preguntó.

Tess movió la cabeza asintiendo. Se conocían desde hacía cuatro años. Habían visitado juntos los principales telescopios del país, e incluso hicieron un par de visitas al extranjero: a Arecibo, en Puerto Rico. Y a Ciudad de México, hacía sólo un mes. Juntos visitaron las pirámides de Teotihuacán, «el observatorio astronómico más antiguo de América», como lo llamaba Bennewitz admirado.

—¿Le han dicho ya cómo murió Jack?

La muchacha llevaba cinco horas en comisaría, respondiendo una y otra vez a las mismas preguntas, siempre ante agentes diferentes. Era evidente que no tenían ninguna pista. Sólo a ella. Y también, como le había anunciado aquel policía de la tele, que estaban dispuestos a hacérselo pasar mal todo el tiempo que fuera posible.

Al oír la pregunta de Lincoln Lewis, la joven negó con la cabeza:

—¿Un disparo a quemarropa? —trató de adivinar.

—Me temo que no, Tess. Le arrancaron el corazón de cuajo. Lo hicieron con alguna arma punzante; una especie de pala o atizador afilado que le clavaron de un solo golpe y con el que le seccionaron las arterias.

La mirada de la muchacha mudó de pavor. Ahora entendía la mancha oscura de la camisa del profesor Bennewitz.

—Sabemos que no fue usted —dijo el policía para tranquilizarla—. No tiene fuerza para eso. Y, además, Jack Bennewitz falleció al menos dos horas antes de su llegada. Es probable que no lo hiciera en su despacho. Allí no hemos encontrado sangre en ningún lugar salvo en su ropa. Pero después debieron de llevarlo hasta allí, lo sentaron, y lo abandonaron para que alguien lo encontrara.

—¿De veras?

El policía asintió.

—Dígame, ¿dónde estaba hoy a eso de las dos de la tarde?

Tess no dudó:

—Acababa de dejar el observatorio de Kitt Peak... — Tragó aire como si ahogara un sollozo—. Estuve toda la mañana reuniendo datos del telescopio principal, y cuando encontré lo que buscaba pasé por la oficina de Jack para mostrárselo. Se tardan al menos noventa minutos en llegar a Tucson desde allí, así que a esa hora estaba conduciendo...

—Bien. Ya que no se encontraba en la universidad en el momento del crimen, me gustaría saber si usted o alguna de sus amigas vieron algo raro hoy en el campus, antes o después de las dos. Algo que les llamara la atención por inusual. ¿Entiende?

La señorita Mitchell no respondió. Incluyó su cabeza como si se esforzara en extraer de su memoria algún recuerdo, alguna imagen —por pobre que fuera—, que pudiera ayudar a la investigación policial. El detalle de la mariposa le pareció irrelevante. Le daba cierto pudor confesar que había tomado algo de la escena de un crimen y lo desestimó. Pero en unos segundos repasó su llegada a la universidad, el sándwich de jamón y queso en la cafetería del Módulo B, sus apuestas sobre la lección magistral de la tarde... «¡Claro! ¡La lección magistral! ¡Eso es!», reaccionó. Y, ahogando un principio de sonrisa, buscó la mirada del oficial.

—Bueno... —titubeó—. No sé si tiene alguna importancia, pero Jack Bennewitz iba a impartir una importante conferencia en el salón de actos del edificio principal esta misma tarde. Sus alumnos estábamos muy excitados. Quería anunciarnos un gran descubrimiento.

—Siga, por favor.

—El caso es que el profesor Bennewitz iba a adelantarnos las conclusiones de su último trabajo: un modelo teórico capaz de predecir tormentas y erupciones solares de in-

tensidad muy alta. Del tipo X, e incluso superiores. Se rumoreaba que la escala habría que subirla hasta Z. Le preocupaba en especial una que podría alcanzar ese nivel. La llamaba la Big One.

Lincoln Lewis abrió los ojos de par en par. Había oído mencionar ese término a los informáticos de su departamento sólo unos minutos antes. Varias carpetas del ordenador de la víctima estaban llenas de referencias a ese asunto.

En la planta de la Embajada de los Estados Unidos en Madrid, Eileen Garrett y Bill Dafoe, del servicio de inteligencia, discutían acaloradamente sobre el significado de aquel término. La Policía Nacional española acababa de preguntarles por él después de que un profesor de periodismo de la Universidad Complutense había aparecido asesinado en el distrito de Moncloa con un maletín lleno de páginas de Internet con ese nombre y algunos documentos originales con el membrete impreso del Goddard Space Flight Center. El portafolios del profesor yacía ahora abierto sobre su mesa de reuniones. Al parecer, lo que más había extrañado a la policía local fue que el cuerpo apareciera mutilado: le habían extraído el corazón y, aún con vida, habían arrojado su cuerpo a la embocadura de la carretera de La Coruña desde la pasarela que conecta el faro de Moncloa con el rectorado de la universidad.

—¿Sabes o no qué demonios es eso de la Big One, Bill?

Eileen clavó su mirada en la espalda de su compañero, que apenas podía despegar la vista del último suplemento científico del diario *El País*.

—Bueno... Da la casualidad de que ese tal Ruiz publicaba ayer un artículo en el que lo explicaba —dijo, golpeando con el dedo índice el periódico.

—¿En serio?

—Te leo: «... En 1989 una erupción solar provocó una de las mayores expulsiones de masa de plasma documentadas por los astrofísicos hasta entonces. La clasificaron como del tipo X y descubrieron que había lanzado al espacio una nube de protones que tardó varias horas en llegar a la Tierra. Cuando nos alcanzó, una tormenta magnética desplazó el campo del planeta en ocho grados, sobrecargó líneas eléctricas y telefónicas de Canadá y provocó auroras boreales en zonas no polares. Dieciséis años después, en enero de 2005, otra erupción de tipo X volvió a lanzarnos una lluvia de protones; las transmisiones de alta frecuencia de Estados Unidos se colapsaron y esta vez las auroras se vieron en Arizona. Por fortuna, ninguna de esas llamaradas dirigió su poder directamente contra la Tierra. Sólo nos golpearon lateralmente. El día que suframos un impacto frontal, las consecuencias de la Big One serán devastadoras».

—¡Vaya! Parece el anuncio de una película de terror.

—Pues ese tal Ruiz se lo tomaba muy a pecho. Fíjate: al final del artículo anuncia para mañana una segunda parte en la que promete dar la fecha más probable para esa Big One... En la redacción del periódico me han confirmado que esperaban el texto esta misma tarde.

—Ésa es buena. ¿Tú crees que eso tiene alguna relación con su muerte?

—Poco importa lo que crea, Eileen. En Washington quieren que sigamos la pista. Hasta hace unos días sólo un puñado de personas en el mundo manejaban el concepto de Big One... Y ahora parece que hay alguien interesado en eliminarlas una a una.

Cuando Tess llegó a su pequeño apartamento en Lester Street, corrió a encender el ordenador portátil. Había recibido instrucciones para que no abandonase la ciudad sin comunicárselo al jefe Lewis, pero no le dijeron nada de que suspendiese sus actividades. Nerviosa, tecleó «Big One» en

el buscador de Internet y aguardó una fracción de segundo a que aparecieran los primeros resultados. Suspiró. Le llamó la atención que a esas alturas sólo saltaran tres noticias relacionadas con el término y que nadie aún se hubiera dado cuenta de lo que ella había descubierto en Kitt Peak.

Ni siquiera la policía le preguntó por su trabajo. En cuanto intuían la menor explicación técnica, preferían mirar a otra parte.

Los titulares que halló Google fueron estos:

«La NBA ficha a Robert Williams, el nuevo Big One del baloncesto». Lo desestimó.

«Asesinan en Madrid a un profesor de periodismo mientras preparaba un reportaje sobre tormentas solares».

«El legado de Juan Martorell. Una vida dedicada a los mayas».

Al hacer clic sobre el segundo, Tess Mitchell leyó la información completa sin parpadear. Era una crónica de sucesos en la que daban escueta cuenta de la muerte de un profesor español al que le habían arrancado el corazón antes de arrojarlo desde lo alto de un puente. La policía carecía de pistas sobre el crimen, pero apostaban a que se trataba de un asesinato ritual. Decían que la víctima había adquirido cierta notoriedad en España en las últimas horas por la publicación de un artículo en el que especulaba con la inminente llegada de una tormenta magnética procedente del Sol que podría llevar a la civilización a la era preinformática e incluso causar severos daños en la composición celular de gran variedad de especies. La había bautizado como «Big One».

Al leer el nombre del profesor, se puso muy nerviosa. Había oído a Jack hablar muchas veces de ese tal Francisco Ruiz. De hecho, llevaba meses suministrándole información del satélite Soho y sus descubrimientos.

Alterada, Tess hizo clic en la tercera noticia. En principio los mayas no eran algo que la incumbiese, pero quiso asegurarse de que la información no le daría otra sorpresa.

Los detalles de aquella nueva crónica le parecieron todavía más asombrosos. Otro profesor, esta vez de historia, había sido también asesinado después de impartir un seminario sobre el calendario maya y el fin de esa civilización. Según Martorell, esa cultura desapareció después de que una serie de catástrofes climáticas súbitas como sequías y huracanes barrió parte del México del siglo X. Según él, los mayas se adelantaron a la llegada de su propio apocalipsis mediante cuidadosas observaciones del Sol. Se asentaron en la creencia de que cada 52 años el astro rey se renovaba y que su mutación necesariamente los afectaba a ellos. Cada 52 ciclos de 52 años (es decir, cada 2.704 años) creían que su mundo desaparecía por completo y daba paso a otro nuevo. De hecho, según él, el todavía misterioso y súbito abandono de pirámides y ciudades mayas descrito por los arqueólogos sólo podía atribuirse a esa causa. Siguiendo tan extraña lógica, el último ciclo, el que daría paso al Quinto Mundo, se agotaría en la medianoche del 21 de diciembre de 2012.

—21 de diciembre de 2012 —se repitió Tess en voz baja.

Eso era exactamente dentro de diecinueve horas.

El edificio del Instituto Anatómico Forense, en la Ciudad Universitaria de Madrid, relampagueaba al son de las bombillas de Navidad. Era extraño ver un inmueble como aquél, por lo general de aspecto gris y siniestro, iluminado de modo tan alegre a una hora tan temprana. Pero, a las ocho de la mañana, la actividad en su interior era máxima.

Eileen Garrett se había acercado hasta allí con gesto somnoliento, sin saber muy bien a qué se debía tanta prisa. El doctor Aguirre la esperaba en la puerta principal con una carpeta entre las manos.

—Siento que la hayan despertado, señora —se disculpó. Parecía un hombre atento—. La policía nos pidió ano-

che que telefoneáramos a la embajada en cuanto tuviéramos la autopsia de Ruiz terminada.

—¿Y bien?

—Pues... —la pausa del doctor borró el último rastro de sueño de la agente Garrett— la verdad es que no sabemos qué decir.

—¿A qué se refiere, doctor?

—Al modo en el que le extrajeron el corazón a este pobre desgraciado. Creemos que fue con un cuchillo de obsidiana. Algunas partículas de esta piedra volcánica han aparecido bajo el microscopio. Lo raro es que ese tipo de arma es propia de pueblos primitivos, como mayas o aztecas. Se necesita una fuerza enorme para manejarla con esa destreza.

—¿Quiere decirme que le clavaron un cuchillo de sacrificio azteca, doctor?

—Le parecerá raro, señora, pero no me cabe ninguna duda. Y lo hizo alguien que sabía muy bien lo que se llevaba entre manos.

Cuatro personas en el mundo conocían todos los detalles de la Big One. Las cuatro estaban relacionadas con Jack Bennewitz —incluso Juan Martorell, según explicaba aquella noticia de Internet— y, de ellas, tres habían muerto asesinadas ritualmente en las últimas horas. La única que quedaba con vida era Tess Mitchell, y no lograba conciliar el sueño pensando en que antes de la medianoche de ese recién estrenado 21 de diciembre también ella formaría parte de tan macabra lista. Tenía que hacer algo para impedirlo. Lo que fuera. Algo que la mantuviera oculta de unos asesinos que imitaban a los antiguos aztecas, adoradores del Sol que esperaban el fin del mundo para el final de la jornada.

¿Era ése un escenario plausible o se estaba volviendo loca?